

Sumario

A partir de la tesis del teólogo alemán Johann Baptist Metz sobre la posibilidad de comprender la Eclesiología auténticamente católica en un sentido policéntrico, el autor destaca el surgimiento en América Latina de una teología con identidad propia, de claro contenido profético. En las Conferencias del CELAM, siguiendo el hilo conductor de Gaudium et Spes, se ha entendido la misión de la Iglesia como una diaconía histórica, centrada en la comunión y la participación, y se le ha dado especial importancia a la teología de los signos de los tiempos con miras a la evangelización de la cultura y a la inculturación del Evangelio. En este proceso, la teología de la liberación ha desempeñado un papel importante al hablar del pobre como "lugar teológico por excelencia" y al mirar la realidad desde la perspectiva de las víctimas. Hoy es urgente asumir teológicamente los nuevos retos de los tiempos actuales con una actitud de apertura y de diálogo con el mundo.

La teología en América Latina en los tiempos del CELAM

Alberto Ramírez Zuluaga

Doctor en Teología. Director del Programa de Estudios Bíblicos de la Universidad de Antioquia-Colombia; Profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana-UPB y del ITEPAL/CELAM.

La celebración de los cincuenta años de existencia del Consejo Episcopal Latinoamericano nos ofrece una excelente oportunidad para hacer un balance de las realizaciones que este organismo eclesial ha hecho posibles en nuestra Iglesia latinoamericana y para expresar los retos y los deseos que tenemos en relación con el futuro de nuestra Iglesia y de nuestro continente¹. El proceso histórico vivido por nuestras Iglesias en estos años ha conducido poco a poco al surgimiento en ellas de una conciencia eclesial muy significativa en el contexto de la Iglesia universal y con ello ha tenido mucho que ver precisamente esta institución eclesial. Por otra parte, puesto que la Iglesia es por naturaleza un factor de comunión en la humanidad como lo ha afirmado el Concilio Vaticano II², constituye un motivo de gran satisfacción para nuestras Iglesias el servicio que en este sentido ellas han podido prestar durante estos cincuenta años de existencia del CELAM.

La conciencia que hoy tenemos de nuestra identidad eclesial en América Latina se puede comprender y explicar muy bien desde la perspectiva de la eclesiología conciliar, una eclesiología que es ante todo de la comunión en todos los niveles, pero también eclesiología de la Iglesia particular, entendida no solamente, como usualmente lo hacemos, en el sentido de las Diócesis, sino en el sentido de los conjuntos de Iglesias a los que se puede designar como Iglesias locales. No se puede decir que el Concilio Vaticano II hubiera sacrificado la

¹ Es muy valioso el *Dossier* que recoge las comunicaciones y las contribuciones presentadas en la XXX Asamblea Ordinaria del CELAM, reunida en Lima entre los días 17 y 20 de mayo de 2005 con ocasión de la celebración de los cincuenta años del Consejo: *Boletín CELAM*, Bogotá: CELAM 308 (junio de 2005), p. 65-158.

² El Concilio nos ha recordado que la Iglesia, además de ser sacramento de Dios, es también "sacramento de unidad del género humano" (VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* 1).

eclesiología de la Iglesia universal en favor de la eclesiología de la Iglesia particular, pero sí se puede decir que el Concilio ha afirmado el valor de las Iglesias particulares, con todo el énfasis que este hecho se merece, en cuanto instancias desde las cuales acontece de tal manera el misterio eclesial que sin ellas la Iglesia universal no sería más que un ente abstracto. Todo esto tiene que ver con la reflexión que queremos hacer acerca de la identidad y de la misión de nuestra Iglesia latinoamericana en cuanto ámbito en el cual se ha ido realizando paso a paso una teología que también tiene su propia identidad.

El proceso de integración de nuestros pueblos

Es ya un lugar común en nuestros días hablar de “aldea global”, un concepto cuyo origen se encuentra en el contexto del mundo de las comunicaciones. En relación con él se ha ido generalizando también, en esta época nuestra, una conciencia cada vez más explícita acerca de las consecuencias que traen consigo las nuevas realidades de un mundo que se va unificando y sobre todo acerca de las responsabilidades que estas nuevas realidades implican. Este proceso de integración del mundo toca todos los aspectos de la realidad: el de los mercados, con todas las dificultades que en este plano trae consigo la necesidad de lograr un equilibrio de justicia social entre las naciones y entre los conjuntos de naciones; el político, en el cual las nuevas realidades nos han llevado a comprender que lo que hoy importa ya no es propiamente, como en los tiempos de la polarización del mundo entre el bloque socialista y el capitalista, la pregunta por la dirección ideológica en la cual deben orientarse nuestros pueblos; el cultural, un campo en el cual cada vez nos hemos venido haciendo también más conscientes de la necesidad de conjugar la apertura hacia el mundo en grande con la responsabilidad de afirmarnos en nuestras propias identidades.

En relación con nuestro mundo latinoamericano tenemos que reconocer que, a pesar de las condiciones propicias que se dan en él para lograr su integración y a pesar de lo que ya hemos logrado en este sentido, todavía tenemos un largo camino por recorrer. Estamos divididos en todo sentido: como naciones, como grupos humanos, como clases sociales. Que existen condiciones propicias para que se dé una

estrecha integración en nuestro mundo, es algo evidente. A pesar de la gran diversidad que presenta en muchos aspectos este mundo nuestro, contamos con factores muy importantes que favorecen nuestra integración. Contamos con elementos antropológicos, históricos, culturales que hacen de nuestro mundo un conglomerado humano coherente, por lo menos en un sentido original hispánico-lusitano. Pero contamos además paradójicamente con otro factor muy importante: aunque tenemos grupos humanos tan diversos desde el punto de vista étnico, somos el escenario de un mestizaje que se da en forma creciente entre nosotros como no se da probablemente en ningún otro lugar del mundo, hecho de integración cuyas consecuencias futuras son de una trascendencia inimaginable³.

Sin embargo, es en el aspecto que aquí nos interesa, en el de la fe cristiana y la manera eclesial mayoritaria de vivirla entre nosotros que es la Iglesia católica, en el que hemos logrado ya mayores resultados en el sentido de la integración y en el que también tenemos seguramente más posibilidades hacia el futuro⁴.

El CELAM y la integración de las Iglesias de AL

La constitución del CELAM hace cincuenta años representa, sin lugar a dudas, un hecho de una significación trascendental dentro del

³ Se ha puesto con razón el énfasis, al señalar las prioridades pastorales de nuestra Iglesia, en la necesidad de considerar la realidad de los distintos grupos étnicos que todavía conservan su identidad propia entre nosotros: la indianidad, las negritudes. Esta preocupación es totalmente legítima en razón de la opción por los pobres con la que nos sentimos comprometidos, dada la condición de marginación que los afecta. Pero vale la pena tener también presente, con una visión a largo plazo, lo que ha de implicar el mestizaje de nuestros pueblos y la necesidad de dar razón de él en la pastoral y en la teología.

⁴ El punto de vista de estas reflexiones no es el de la historia de la Iglesia de América Latina en cuanto tal. Hay que señalar, en este aspecto, la labor de Enrique Dussel desde sus primeras publicaciones hasta la constitución de la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina (CEHILA), vinculada en un principio con el CELAM pero convertida luego en sociedad civil autónoma. El proyecto de una *Historia general de la Iglesia en América Latina* fue llevado hasta su culminación con los once tomos que fueron apareciendo, algunos de los de los cuales están divididos en volúmenes.

proceso de integración de las Iglesias de nuestro sub-continente⁵. Este organismo eclesial puede ser definido en principio como un instrumento al servicio de la integración de la Iglesia latinoamericana. Antes de su surgimiento no se tenía en las Iglesias de América Latina una conciencia tan clara de comunión. Nuestras Iglesias coexistían hasta entonces como Iglesias nacionales, con excelentes relaciones espontáneas, es cierto, inclusive permanentes, pero no propiamente estructurales. No se podía hablar, en sentido estricto, de una Iglesia latinoamericana.

Podría pensarse que el llamado Concilio Plenario Latinoamericano, reunido a finales del siglo XIX (1899) en Roma, que había congregado aproximadamente a la mitad del episcopado de nuestros países, desempeñó esta función de posibilitar la integración de nuestras Iglesias⁶. Sin embargo, éste no había sido propiamente su objetivo. Su significación fue muy grande en muchos aspectos. En el nivel mismo de la Iglesia universal, como se puede comprobar por el influjo que ejerció en la elaboración del Código de Derecho Canónico de 1917. También en el nivel local latinoamericano, puesto que constituyó durante mucho tiempo la referencia necesaria para la organización de las Iglesias de nuestro continente, sobre todo desde el punto de vista institucional y canónico, y porque fue el modelo obligado para la realización de los Concilios Plenarios Nacionales reconocidos y reglamentados por el mismo Código de 1917 con el mismo fin, como instituciones canónicas regulares⁷. Pero, como se ha dicho, no era propiamente el objetivo de este Concilio Plenario Latinoamericano la integración de nuestras

⁵ Poco a poco, en especial a partir de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo, 1992), venimos designando a nuestra Iglesia como Iglesia latinoamericana y del Caribe, con una manera de hablar que responde mejor al propósito de integración eclesial concreto que tenemos.

⁶ Eduardo CÁRDENAS, *El Concilio Plenario de la América Latina, 28 de mayo - 9 de julio de 1899. Introducción histórica*, en *Acta et Decreta Concilii Plenarii Americae Latinae*, ed. facsímil, Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1999, p. 9-77; Luis FERROGGIARIO - Víctor Manuel OCHOA (coords.). *Los últimos cien años de la Evangelización en América Latina. Centenario del Concilio Plenario de América Latina. Simposio Histórico. Actas. Ciudad del Vaticano, 21-25 de junio de 1999*, Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2000.

⁷ Vale la pena recordar de manera especial los Concilios Plenarios Nacionales que fueron realizados durante el Pontificado del Papa Pío XII: el Concilio Plenario Brasileño de 1939, el Concilio Plenario Chileno de 1946, el Concilio Plenario Argentino de 1953 y el Concilio Plenario del Ecuador de 1957.

Iglesias y habrá que esperar a la creación del CELAM para contar con un organismo que tenga esta función.

El CELAM fue constituido en el año 1955 durante la celebración de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que tuvo lugar en Río de Janeiro. A Monseñor Manuel Larrain hay que reconocerle el gran mérito de haber sido prácticamente el pionero de este propósito de buscar la integración de nuestras Iglesias y el mérito de haber logrado que este propósito se convirtiera en una necesidad sentida por todas partes en nuestro sub-continente⁸.

Correspondió al Papa Pío XII dar vida oficialmente a este organismo eclesial. Pío XII había tenido un contacto directo con la Iglesia latinoamericana con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires en 1934. El recuerdo que tenía de esa experiencia explica en gran parte sus alusiones a nuestra Iglesia durante los años de su pontificado. Después de un intenso proceso de preparación, el Papa aprobó la iniciativa de la reunión de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que tuvo lugar en Río de Janeiro en 1955 y, como fruto de la misma, la propuesta de la creación de un Consejo Episcopal Permanente que debía desempeñar el importante papel de instrumento de comunión en la vida de nuestras Iglesias.

En el undécimo título de las *Conclusiones* de la Conferencia General de Río aparece el artículo 97 en el que queda expresado el voto unánime de los prelados a favor de la creación de este Consejo como órgano al servicio de los obispos para facilitar la coordinación orgánica de la acción pastoral en América Latina, un ente que no se concibió como instancia superior a los episcopados de cada uno de los países, sino como “órgano de contacto y colaboración de las Conferencias episcopales de la América Latina” con las siguientes funciones:

⁸ El Dr. Josep-Ignasi Saranyana trae en su obra unas palabras muy importantes de Monseñor Larrain con ocasión de la decisión que se tomó en la Conferencia de Río sobre la creación del CELAM, tomadas a su vez de una obra del sacerdote historiador Juan Botero Restrepo de la Arquidiócesis de Medellín (*El CELAM. Apuntes para una crónica de sus 25 años*. Cita en nota 63, p. 33): “Solamente una América latina unida, no sólo en la fe y en la caridad, como ya está, sino más que todo en la acción, podrá dar a la Iglesia la respuesta de esperanza redentora que de ella se espera”: Josep-Ignasi SARANYANA, *Cien años de teología en América Latina*, p. 73.

estudio de los problemas de la Iglesia latinoamericana, coordinación de las actividades católicas, promoción de iniciativas y otras, y preparación de las Conferencias Generales del Episcopado continental⁹.

El camino de integración eclesial que hemos recorrido en todos estos años ha tenido en el CELAM un instrumento de una enorme importancia: sin él no es posible explicar lo que hemos logrado, por lo menos desde el punto de vista de la responsabilidad que compete al ministerio episcopal de la Iglesia en la orientación y el acompañamiento de toda la comunidad eclesial y de todas las comunidades concretas. No es suficiente ver en el papel jugado por el CELAM un interés puramente institucional y administrativo: tenemos que reconocer en él un verdadero instrumento de comunión eclesial y de mediación instrumental para realizar el servicio evangelizador en el cual se ha insistido incansablemente en estos años como la verdadera prioridad que debe tener la Iglesia en todos sus estamentos¹⁰.

Tenemos todavía un largo camino por recorrer, es cierto, en el sentido de la integración de nuestras Iglesias y sobre todo en el sentido de la misión que debemos realizar con el espíritu auténtico del evangelio. Por eso, en lugar de referirnos a lo logrado con una actitud triunfalista, tenemos que reconocer, con sentimientos de realismo y de humildad, nuestras fallas y las debilidades que caracterizan el momento que vivimos¹¹. Sin embargo, tenemos que mirar hacia el futuro

⁹ Josep-Ignasi SARANYANA, *Cien años de teología en América Latina*, ibidem, p. 74.

¹⁰ Es muy significativo lo que ha afirmado recientemente en este sentido el Señor Cardenal Francisco Javier Errázuriz O., Presidente actual del CELAM, en la XXX Asamblea Ordinaria: "El CELAM es, antes que nada, un don de Dios al servicio de la comunión. Nuestros encuentros la expresan. Son espacios abiertos al afecto colegial, a la permanencia en el amor de Jesús, que logra asombrar al mundo y abrirle camino a la conversión a Él. También son lugares de reflexión y colaboración de modo que siempre estemos atentos a la voluntad y a los deseos del Señor, de acuerdo a las necesidades y las expectativas del tiempo, y para que el servicio pastoral sea cada vez más útil y fecundo..." (*Boletín CELAM*, p. 87).

¹¹ Lo ha dicho también en la misma Asamblea el Cardenal Errázuriz, al presentar un balance de la situación actual de nuestro mundo y al recordar la necesidad de tener continuamente una actitud de conversión: "En resumen, vacila la identidad cultural y la fe de millones de latinoamericanos y caribeños, vacilan nuestras democracias, no se consolida la unión y la solidaridad entre nuestros países, no avanza ni se afianza la superación de la pobreza ... Seguramente dimos lugar en nuestras Iglesias particulares durante el Jubileo a la purificación de la memoria, y conversamos con Dios con profundo dolor de los pecados de los hijos de la Iglesia, que fueron causa concomitante de estas debilidades y amenazas que hoy constatamos..." (Ibidem, p. 98).

también con esperanza, entrar en los tiempos por venir con la actitud que señaló el Papa Juan Pablo II al recordar las palabras de Jesús, “remad mar adentro”, con ocasión del comienzo del tercer milenio de cristianismo¹².

La Iglesia de AL, un centro de irradiación profética en la Iglesia universal

Es ya un lugar común entre los planteamientos eclesiológicos de nuestros días la tesis del teólogo alemán Johann Baptist Metz sobre la posibilidad de comprender la eclesiología universal, auténticamente católica, en un sentido policéntrico. El profesor Metz ha advertido, al presentar esta tesis, que no se trata de una innovación indebida de la teología de nuestros días sino más bien de la recuperación de una concepción original, auténtica, de la eclesiología cuyas raíces se encuentran ya en el mismo Nuevo Testamento. El desarrollo posterior de la eclesiología en un sentido monocéntrico habría sido en cambio algo que no corresponde propiamente al espíritu original del cristianismo¹³.

Hablar de policentrismo eclesial, como se nos propone, no implica desconocer la importancia fundamental de la Iglesia de Roma en cuanto centro cuya vocación y misión específicas afirmamos, por lo menos en el catolicismo, como un valor originado en alguna forma en la voluntad misma del Señor. Pero hablar en el sentido del policentrismo eclesial significa poder reconocer que la Iglesia universal acontece también legítimamente desde otros centros en los cuales la fe vivida reviste características específicas, plenamente evangélicas, y que desde estos centros irradia de manera pluriforme el evangelio vivido para enriquecerla.

¹² “Concluyo, dice el Cardenal Errázuriz en la misma alocución, dando testimonio de la esperanza y el entusiasmo con el cual queremos prestar el servicio que nos han encomendado: la preparación de la Vª Conferencia General de nuestro episcopado” (Ibidem, p. 106).

¹³ Metz ha presentado esta tesis muchas veces inclusive en las conferencias que dictó durante un viaje por América Latina, cuando también nos visitó en la Universidad de Antioquia. De ellas conservamos el texto pro manuscrito. Pero también han aparecido sus tesis repetidas veces en publicaciones como E.-X. KAUFMANN y J. B. METZ, *Zukunftsfähigkeit*, Friburgo de Brisgovia, 1987: “Im Aufbruch zu einer kulturell polyzentrischen Weltkirche”, p. 93-115.

El mismo profesor Metz se ha referido de manera explícita, en el sentido de sus planteamientos eclesiológicos, a la Iglesia de América Latina. Él ha visto en esta Iglesia nuestra, en virtud de sus opciones y de la teología que ha surgido de ella en estos años, un verdadero centro de irradiación profética de gran trascendencia para la Iglesia universal. Se puede afirmar inclusive, al hablar en estas categorías, que la Iglesia universal ha vuelto a descubrir el profetismo como elemento constitutivo de su misma existencia, precisamente a partir de esta irradiación profética que se ha dado desde la Iglesia de América Latina.

La teología en la Iglesia de AL desde la época del Concilio

Es evidente que nuestra Iglesia latinoamericana ha sido rica en realizaciones a través de toda su historia y de manera especial en los cincuenta años que han transcurrido desde la creación del Consejo Episcopal Latinoamericano. Una de estas realizaciones es la de la teología, por la que nos queremos precisamente preguntar en estas consideraciones: ¿Cuál es la teología que ha estado en el trasfondo de todo este acontecer de nuestras Iglesias en los últimos decenios? ¿Qué tipo de teología se ha producido a partir de ellas?¹⁴.

Es evidente que la teología sólo se puede comprender desde la Iglesia y en función de ella. Pero debemos recordar que, de acuerdo con los planteamientos de la eclesiología conciliar, hablar de la Iglesia no significa simplemente hablar de su ministerio jerárquico sino hablar de toda la comunidad, lo cual es muy importante precisamente cuando nos referimos a la teología. En los términos en los cuales se plantea lo que hoy llamamos un modelo epistemológico, en nuestro caso el modelo teológico, se dice que el sujeto propiamente dicho de la teología es la Iglesia, es decir, toda la comunidad.

¹⁴ Dentro de un gran proyecto de investigaciones y de publicaciones sobre la teología en América Latina en el cual han participado muchas instituciones hay que señalar la obra de Josep-Ignasi SARANYANA (dir.) - Carmen-José ALEJOS GRAU (coord.) y otros, *Teología de América Latina* de la que han aparecido el volumen I (1999), el volumen III (2002) y el volumen II/1 (2005), Madrid - Frankfurt im Breisgau: Iberoamericana-Vervuert. Muy útil es en particular la obra reciente del mismo Dr Josep-Ignasi SARANYANA, *Cien años de teología en América Latina (1899-2001)*, Bogotá: CELAM, 2005.

El gran acontecimiento eclesial de nuestros tiempos ha sido sin lugar a dudas el Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965), un Concilio que pudo poner plenamente en marcha el gran proyecto de *aggiornamento* de la Iglesia propuesto por el Papa Juan XXIII. Se puede decir que este proyecto tenía dos puntos de referencia fundamentales: ante todo, el retorno a las fuentes que debía asegurar la fidelidad al espíritu original del evangelio; luego, el compromiso de servicio a la humanidad de nuestra época y del futuro, con todas sus angustias y esperanzas. Estas dos referencias corresponden, en alguna forma, a los dos documentos de los que decía Monseñor Gérard Philips que eran algo así como los dos ejes sobre los cuales giraba toda la teología del Concilio: la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, de la cual él mismo había sido el redactor original; y la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la misión de la Iglesia en el mundo actual¹⁵ que tendría una importancia muy grande en el momento de hacer la recepción del Concilio en la Iglesia de América Latina.

Las Iglesias de nuestro continente no sólo acogieron con el mismo entusiasmo con el que lo habían hecho todas las Iglesias del mundo la convocación del Papa para emprender esta tarea de renovación, sino que pudieron tomar parte en los trabajos del Concilio con gran dedicación y conciencia como lo testifican muchos obispos de la época¹⁶. El hecho de contar ya con un organismo eclesial de coordinación como el CELAM fue muy importante para la participación del episco-

¹⁵ Monseñor Philips era un teólogo de la Universidad de Lovaina. Se ha dicho, con cierta razón, que los últimos Concilios han tenido cada uno una estrecha relación con algún ambiente teológico: el Concilio de Trento con la teología de Salamanca y el Vaticano I con la de la Universidad Gregoriana. En el Vaticano II muchos de los influjos teológicos se canalizaron a través de la teología de Lovaina. De todos modos, la teología que acompañó todo el proceso del último Concilio fue una teología fundamentalmente europea.

¹⁶ Un valioso testimonio de lo que fue la presencia de la Iglesia de América Latina en el Concilio nos lo ha dejado Monseñor Marcos G. McGRATH, *Cómo vi y viví el Concilio y el Postconcilio. El testimonio de los padres conciliares de América Latina*, Bogotá: CELAM, 2000. El testimonio de Monseñor McGrath tiene una importancia especial, si se tiene en cuenta su gran aporte de siempre pero sobre todo en la época de la Conferencia de Medellín. Sin embargo, si la participación del episcopado latinoamericano en el Vaticano II fue tan importante, la participación de los teólogos de nuestros países fue todavía muy modesta. En realidad sólo se empieza a hablar de una teología propiamente latinoamericana a partir de la recepción del Concilio en nuestras Iglesias.

pado latinoamericano en las tareas de la asamblea conciliar. Nuestras Iglesias se pudieron presentar en ella con el espíritu de comunión, de colegialidad, que constituiría uno de los principales fundamentos de la nueva eclesiología, y pudo crecer en ese espíritu, al interior del mismo Concilio, con la ayuda de la coordinación de dicho organismo.

En el año 1965, durante la última sesión del Concilio, fue elegido Presidente del CELAM Monseñor Larraín, quien ya desde entonces propuso la celebración de una II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que podría celebrarse con ocasión del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional para el cual se había fijado ya como sede la ciudad de Bogotá y como fecha el año 1968. Era claro que el propósito fundamental que debía tener tal asamblea era el de la recepción del Concilio en nuestras Iglesias, como sucedió efectivamente. Lamentablemente Monseñor Larraín murió en un accidente en el año 1966.

Se puede decir que la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano tomó el hilo del Concilio a partir de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* que concebía la misión de la Iglesia como una diaconía histórica, al mismo tiempo que se daba en ella una importancia especial a la teología de los signos de los tiempos. También tuvo una importancia muy grande en ese momento la doctrina social de la Iglesia, en especial Encíclicas como la *Mater et Magistra* de Juan XXIII y la *Populorum Progressio* de Pablo VI. Ésta última constituyó una inspiración decisiva para determinar el sentido en el cual debía hacerse la interpretación de la diaconía histórica que debía realizar la Iglesia en nuestro mundo concreto. El Papa Pablo VI, que ya había visitado como arzobispo de Milán la América Latina en 1960 y que habría de hacerse presente en Bogotá en el año 1968 para clausurar el Congreso Eucarístico Internacional y para inaugurar la Conferencia de Medellín, demostraba en esta Encíclica un vivo interés por la situación del mundo de los pobres y por los interrogantes que planteaba en dicho mundo el propósito de trabajar por la solución de los graves problemas que lo afectaban. El tema de la posibilidad de recurrir a la violencia para afrontar los problemas y para hacer posible un progreso integral de estos pueblos constituía un interrogante que exigía una respuesta urgente de la Iglesia, respuesta que se esperaba ansiosamente de parte del Magisterio. La expresión muy bien fundamentada con

la cual se definió a la Conferencia de Medellín en ese entonces sigue teniendo pleno valor: fue la época de la afirmación de nuestra Iglesia en el sentido de su identidad profética.

El proceso del desarrollo posterior de la Iglesia latinoamericana se concretó en las dos grandes asambleas episcopales que siguieron a la de Medellín, ambas convocadas por el Papa Juan Pablo II y orientadas por su Magisterio: la III reunida en Puebla en 1979 y la IV reunida en Santo Domingo en 1992 con ocasión de la celebración del quinto centenario del “descubrimiento” de América y sobre todo de la evangelización del nuevo mundo. Cada una de estas Conferencias constituyó un paso hacia adelante en el proceso de crecimiento que ha vivido la Iglesia de América Latina. La de Puebla tuvo un importante marco de referencia en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* promulgada en 1975 por el Papa Pablo VI como fruto de la III Asamblea General del Sínodo de Obispos sobre la evangelización. En esta Conferencia de Puebla se reafirmó el espíritu de Medellín¹⁷ y se señaló con insistencia especial el espíritu eclesiológico de la comunión y la participación en la realización de la misión evangelizadora de la Iglesia. Este momento eclesial ha sido de mucha trascendencia en el desarrollo de la teología de la evangelización de nuestros días. Por su parte, la IV Conferencia, la de Santo Domingo, acoge el llamamiento del Papa en el sentido del compromiso con una nueva evangelización, sin perder de vista la sensibilidad profética en favor de la promoción humana de nuestros pueblos y con la inclusión de un tema que ha seguido siendo objeto de profundización en nuestros días: el tema de la evangelización de la cultura y de la inculturación del evangelio, indispensable para plantear el propósito de la nueva evangelización.

En el trasfondo de todo este proceso eclesial que encuentra sus momentos de expresión privilegiada en las grandes asambleas episcopales de América Latina existe una fundamentación teológica en la que participaron muchos teólogos cuyos nombres son bien

¹⁷ Se escribió mucho acerca de la continuidad entre la Conferencia de Medellín y la de Puebla. Cfr por ejemplo la publicación de varios materiales del entonces Secretario General del CELAM y más tarde Presidente, el Cardenal Alfonso LÓPEZ TRUJILLO, *De Medellín a Puebla*, Madrid: BAC, 1980.



conocidos. Poco a poco va surgiendo entre nosotros una teología con identidad propia, caracterizada por la orientación misma que tiene en gran parte la Iglesia de América Latina con su vocación profética, cuyos pasos pueden ser descritos rápidamente.

En los años anteriores al Concilio un nutrido número de estudiantes, sacerdotes y aspirantes al sacerdocio principalmente, tuvo la oportunidad de prepararse en el campo de las disciplinas eclesiásticas o afines en distintos centros académicos del mundo, sobre todo en Europa. Se ventilaban entonces, en el ambiente europeo, aires de renovación teológica que habían comenzado desde los años de la llamada *nouvelle théologie*. Era el tiempo de nuevas corrientes filosóficas en el que se daba también un interés especial, sobre todo en el ambiente francés, por ampliar el campo instrumental que ocupaba hasta entonces la filosofía en relación con la teología, y un interés especial por disciplinas como la sociología, la economía política, la psicología social. Al interior de la teología se daban también importantes progresos en áreas como la de la exégesis bíblica y en general en todo lo referente a la fundamentación positiva del discurso teológico. Campos como el de la pastoral obrera o el de movimientos especializados de Acción Católica (pastoral estudiantil y universitaria) habían abierto un importante espacio para el diálogo del cristianismo con corrientes como el existencialismo y el marxismo. En ambientes más bien anglo-sajones se realizaba una labor de actualización teológica que consistía en gran parte en vaciar la teología escolástica en moldes antropológicos y filosóficos nuevos.

En este ambiente de renovación de la teología europea se formaron muchos de los estudiantes de nuestras Iglesias que regresaron luego a desempeñar en América Latina ya fuera una tarea pastoral o una tarea de reflexión y de docencia teológicas. En las instituciones en las cuales se cultivaba tradicionalmente la teología, como lo eran los Seminarios y sobre todo las Facultades de las distintas Universidades, algunas de las cuales tuvieron su origen en este tiempo, se diseñaban nuevos planes de estudio o se actualizaban los existentes con criterios conciliarios y de acuerdo también con los retos que ahora planteaba en el mundo latinoamericano la sensibilidad pastoral despertada por el espíritu conciliar. Hay que subrayar en este último aspecto el influjo grande de la llamada metodología pastoral de revisión de vida con sus tres pasos: ver, juzgar y actuar.



Muchos de los teólogos cuyos nombres empiezan a ser más conocidos tienen la oportunidad de participar en las labores de instituciones nuevas, surgidas desde la época de la Conferencia de Río de Janeiro y de la creación del CELAM¹⁸, pero sobre todo en los Institutos de pastoral creados después del Concilio por el CELAM en diversos lugares de América Latina. Estos Institutos prestaron un admirable servicio de formación pastoral y de concientización, como entonces se decía, de numerosas personas que desempeñaron un papel muy importante en el desarrollo de las diversas Iglesias de nuestro sub-continente.

En la Asamblea de Sucre del año de 1972 en la que fueron elegidas nuevas directivas del CELAM y se dio comienzo a la preparación de una nueva Conferencia General, la Conferencia de Puebla, se tomó la decisión de suprimir estos Institutos y de reemplazarlos por uno solo, el actual ITEPAL, que tuvo originalmente su sede en Medellín y fue trasladado posteriormente a Bogotá¹⁹. Con una trayectoria histórica ya larga, el actual ITEPAL desempeña con el CEBIPAL (Centro Bíblico Pastoral para América Latina) de reciente creación, como lo habían hecho en el pasado los Institutos desaparecidos, un importante papel no sólo en la formación de agentes de pastoral para toda América Latina sino también en el sentido de la formación teológica y bíblica de sus estudiantes, frecuentemente en colaboración con otras instituciones académicas como la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. La labor teológico-pastoral del ITEPAL ha sido tan importante que no es posible hablar de la teología en América Latina sin tener en cuenta su historia así como la de sus antecedentes, es decir, la labor realizada en los Institutos que existieron en distintas partes antes de la reestructuración de 1972.

¹⁸ Muy importante en este sentido la Conferencia de Religiosos de América Latina (CLAR), pero también otros organismos como la Organización de Seminarios de América Latina (OSLAM).

¹⁹ Institutos como el ICLA (catequesis), el IPLA (pastoral), el IPL (pastoral y liturgia), IPLAJ (pastoral de la juventud) prestaron importantes servicios en nuestras Iglesias: no solamente formaron a muchos agentes de pastoral sino que hicieron posible una labor de reflexión teológico-pastoral de muchas consecuencias en la Iglesia de toda la América Latina.



Identidad de la teología de la Iglesia de AL

La teología que se ha cultivado durante todo este tiempo en los distintos ambientes de América Latina se ha caracterizado en principio por el mismo espíritu de renovación que se ha dado en general en la teología de la Iglesia universal. Sin embargo, poco a poco se ha ido perfilando también en la Iglesia de América Latina una orientación tal de la teología que de ella ha sido posible decir que no es ya simplemente la reproducción de la teología renovada de la Iglesia universal sino una teología con identidad propia, explicable a partir del desarrollo creciente de la dimensión profética de nuestras Iglesias.

Es imposible no pensar en este punto en la teología de la liberación. Como bien se sabe, se trata de un fenómeno (teológico) tan importante que no sería posible comprender la historia reciente de la Iglesia latinoamericana sin tener en cuenta todo lo que esta teología ha implicado para ella²⁰.

Son incontables las publicaciones que han surgido de esta manera de hacer teología, como se ha dicho, y son incontables también las publicaciones que han sido consagradas a ella y a las importantes controversias que ella ha suscitado no solamente en nuestras Iglesias y en el seno del CELAM sino también en el nivel de la Iglesia universal. El Magisterio de la Iglesia ha tenido mucho que ver con esta teología, sobre todo en la época del Papa Juan Pablo II²¹. De manera especial hay que tener en cuenta las intervenciones de la Congregación para la

²⁰ Sin embargo, aunque la teología de la liberación ha tenido su centro de gravedad en América Latina también se da en la India, en Sri Lanka, en las Filipinas, en Taiwan, en África, como lo ha dicho el Cardenal Ratzinger, quien además hace notar que “las reuniones de los teólogos del Tercer Mundo se caracterizan muy marcadamente por la atención prestada a los temas de la teología de la liberación”: Cardenal Joseph RATZINGER - Vittorio MESSORI, *Informe sobre la fe*, Madrid: BAC Popular, 2005, p. 194 (1ª ed. italiana *Rapporto sulla fede*, 1985).

²¹ Muchas veces se refirió de manera explícita el Papa Juan Pablo II a la teología de la liberación desde los comienzos de su pontificado cuando viajó a México para la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Puebla, 1979). En esa ocasión y en la de la inauguración de la IV Conferencia (Santo Domingo, 1992), su palabra fue decisiva para fijar la orientación de dichas asambleas y de la vida de la Iglesia latinoamericana en general. No se pueden dejar de mencionar las numerosas alocuciones que pronunció el Papa con ocasión de sus viajes pastorales por todos los países de América Latina y del Caribe, las cuales constituyen un valioso patrimonio del Magisterio de la Iglesia para nuestras Iglesias.



Doctrina de la Fe durante este tiempo en el cual ha sido su Prefecto el Papa actual, el entonces Cardenal Joseph Ratzinger²². A todo este proceso, que ha tenido como punto de partida un discurso teológico elaborado principalmente en América Latina, y al acompañamiento, por así decirlo, que ha tenido este discurso por parte de la teología de la Iglesia universal en general y sobre todo por parte del Magisterio de la Iglesia, lo debemos considerar y valorar como la teología que se ha dado en estos años en nuestra Iglesia.

Repetidas veces se ha recogido una conocida información acerca de los orígenes de la teología de la liberación en América Latina un poco en el sentido en el que la presenta el Dr Saranyana en su obra citada frecuentemente en estas consideraciones: “Los orígenes próximos de la TL pueden retrotraerse a marzo de 1964, en que tuvo lugar una reunión de teólogos de Petrópolis, en el Instituto Teológico de los Franciscanos, donde el jesuita uruguayo Juan Luis Segundo disertó sobre los problemas teológicos de América Latina, el presbítero argentino Lucio Gera trató acerca de la función del teólogo en América Latina, y el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez auspició un diálogo salvador con las élites culturales, los profesionales y los más pobres, con una conclusión reivindicativa acerca de la situación de extrema pobreza del continente. El Instituto de Teología Pastoral Latinoamericano (ITEPAL), dirigido entonces por el chileno Segundo Galilea, organizó una serie de encuentros: en Bogotá, del 14 de junio al 9 de julio de 1965; en La Habana, del 14 al 16 de julio; y en Cuernavaca, del 4 de julio al 14 de agosto. Posteriormente, los mismos teólogos que habían estado en Petrópolis en 1964, junto con otros especialistas, participaron en sucesivas reuniones y simposios anuales a cargo del ITEPAL: en Cuernavaca (1965), sobre cristología y pastoral; en Santiago de Chile (1966), sobre palabra y evangelización; y en Montevideo (1967), sobre teología de la historia. Estos tres temas aglutinaban entonces, en el inmediato postconcilio, los intereses de los teólogos más dinámicos del mundo latinoamericano”²³.

324

Más adelante se añaden otros datos a los anteriores que son de interés: “Poco después tuvo lugar el II Encuentro de Sacerdotes y Laicos,

²² Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Libertatis nuntius* de 1984 y *Libertatis conscientia* de 1986, aprobadas por el Santo Padre.

²³ Josep-Ignasi SARANYANA, *Cien años de teología en América Latina*, p. 104-105.

organizado por el Movimiento Sacerdotal ONS de Perú, en Chimbote, del 21 al 25 de julio de 1968, donde Gustavo Gutiérrez leyó una importante conferencia, que resultaría crucial para el nacimiento de la TL. La presentó de nuevo, debidamente reelaborada, en una reunión organizada por SODEPAX en Cartiny (Suiza), sobre Teología del Desarrollo, en noviembre de 1969. Esta segunda versión constituye la base que después se editaría como libro y daría el nombre al movimiento teológico”²⁴.

Es pues la época del Concilio y de su recepción en América Latina por la II Conferencia General (Medellín, 1968). En los años que siguieron a estos acontecimientos hasta nuestros días se habla de varias etapas significativas dentro del proceso teológico que se dio en nuestro mundo latinoamericano, en las cuales aparecen como protagonistas varias generaciones de teólogos bien conocidos, a la vez que se enumeran importantes eventos teológicos que se realizaron no sólo en América Latina sino también en otros lugares del mundo.

Pero los historiadores evocan situaciones mucho más antiguas como antecedentes de la teología de la liberación. Para señalarlas se enfatiza el lugar que ha ocupado dentro del discurso teológico actual la categoría “liberación”, la cual es puesta en relación sobre todo con algunos momentos de la historia de América Latina en los que la Iglesia desempeñó un papel importante por lo menos por medio de algunos de sus miembros. El primero de ellos, la época de la conquista, cuando frente a la situación de esclavitud a la cual eran sometidos los indios y los negros, levantaron su voz profética personajes como Antonio de Montesinos y Bartolomé de las Casas. Luego, la época de la emancipación de nuestros países, cuando algunos miembros del clero apoyaron

²⁴ Ibidem, p. 105. Estos datos resumen bien lo acontecido principalmente en un contexto hispánico de los países de América Latina, pero necesitan ser completados con una referencia explícita al Brasil, el ambiente eclesial en el que surgió precisamente, a partir de la Conferencia Episcopal de Rio de 1955, el CELAM, el ambiente también del gran compromiso con los pobres tan ligado con la memoria de obispos como Dom Helder Camara y con las comunidades eclesiales de base. Este contexto será propicio para el desarrollo de un vivo pensamiento teológico en el que han estado comprometidos muchos teólogos conocidos. No se pueden olvidar nombres como el de Fray Boaventura Kloppenburg OFM, quien participó en el Concilio y quien fue además Director del ITEPAL varios años. Basta mencionar también para señalar la inmensa producción teológica que se ha dado en el Brasil a Leonardo Boff, entre otros.

el levantamiento que se dio en nuestros pueblos contra la dominación de los imperios español y portugués. Estas situaciones, sobre todo la primera, son señaladas como los verdaderos orígenes no sólo de la teología de la liberación de nuestros días sino sobre todo como antecedentes de la práctica en la que, en este sentido, se han comprometido muchos cristianos de nuestras Iglesias y en el sentido de la cual se dice que se tiene que comprometer toda la Iglesia en virtud de su vocación profética²⁵. Como puede verse, aquí tiene plena validez la distinción que se establece entre lo que se designa como el acto primero, la praxis de la liberación o simplemente la praxis de la fe vivida, y la reflexión de dicha praxis, la teología.

No es fácil exponer en unas breves líneas todo lo que ha estado en juego cuando hablamos de teología de la liberación en nuestra Iglesia. Se trata de una cuestión muy compleja como lo ha dicho el Cardenal Ratzinger, por lo menos al referirse al problema del papel que jugó en algunas de sus formas el marxismo: "La teología de la liberación es un fenómeno extraordinariamente complejo: abarca desde las posiciones más radicalmente marxistas, hasta aquellas otras que plantean el lugar apropiado de la necesaria responsabilidad del cristiano respecto a los pobres y a los oprimidos en el contexto de una correcta teología eclesial, como han hecho los documentos del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) desde Medellín hasta Puebla"²⁶.

Compleja también por el sentido que se da, en este contexto, a la noción misma de teología, de tal manera que se ha llegado a afirmar que estamos aquí ante un verdadero "giro copernicano" en comparación con lo que tradicionalmente se ha entendido por teología. El conocido planteamiento, por ejemplo, de los llamados "lugares teológicos" (*loci theologici*), tan importante dentro de una concepción clásica de la teología, es abordado aquí de manera diferente. Hablar por ejemplo de "lugar teológico por excelencia" al referirse al pobre o a la praxis de la fe vivida desde la perspectiva del pobre, es algo que probablemente puede ser explicado y que tiene consecuencias pastorales importantes, pero no equivale a hablar en el mismo sentido en el cual hemos

²⁵ Ver Enrique DUSSEL, *Op. cit.*, p.74.

²⁶ *Op. cit.*, p. 192-193.



hablado de lugares teológicos en el contexto de la teología tal como la hemos practicado tradicionalmente en Occidente²⁷.

Han pasado ya varios años desde cuando Enrique Dussel presentó como una hipótesis su breve obra sobre la historia de la teología en América Latina que se ha citado varias veces en estas reflexiones y que anunciaba seguramente el camino de investigación y de publicaciones que se abriría con el tiempo. La primera parte tenía como título “Ideología e historia de la teología”²⁸. En ella se calificaba la llamada teología hecha “desde el centro” como teología afectada por condicionamientos ideológicos y, en ese sentido, como teología ilegítima, no auténtica y sustentadora por lo tanto del sistema de dominación que se ha dado en el mundo de los pobres. Por contraposición con ella, la teología de la liberación sería una teología sin contaminaciones ideológicas y, por lo tanto, verdadera teología, auténtica: la teología sin más de una Iglesia realizada en la plena fidelidad al evangelio.

Después de recorrer un camino ya largo en la historia de la teología latinoamericana, no vivimos un momento en el cual se pueda caracterizar de esta manera la teología cultivada en nuestra Iglesia en comparación con la teología de la Iglesia universal y mucho menos con la doctrina del Magisterio de la Iglesia. Primero que todo, por la manera como reconocemos la diversidad de competencias que corresponden al ministerio magisterial de la Iglesia y al ministerio teológico. No corresponde a la teología desempeñar el papel del Magisterio ni al Magisterio de la Iglesia realizar el papel que corresponde a la teología. Pero no hay razón para ver en el Magisterio de la Iglesia y en la teología dos instancias contradictorias o de competencia. En segundo lugar,

²⁷ En la obra del Dr Saranyana se dedican algunas páginas a esta cuestión que resumen bien el problema (p. 111-116), para concluir: “Gustavo Gutiérrez fue pionero de este cambio metodológico y, en algún sentido, también epistemológico. Su obra más famosa titulada *Teología de la liberación*, se abre con un breve bosquejo que nos ofrece, ante todo, las tareas clásicas de la teología (como sabiduría y como saber racional), para pasar seguidamente a presentar ‘la teología como reflexión crítica sobre la praxis’. Algunos especialistas sospechan, probablemente con razón, que la teología de Gutiérrez supone una enérgica inversión epistemológica, una especie de vuelco copernicano, a partir del cual la teología ya es otra cosa, puesto que no se hace a la luz de la fe, sino a la luz del pobre y de la praxis”: Josep-Ignasi SARANYANA, *Cien años de teología en América latina*, p. 115.

²⁸ Enrique DUSSEL, op. cit., p. 10-22.



no hay ninguna razón para que en algún momento una corriente teológica pueda considerarse a sí misma como la única posible, como la única capaz de dar razón de la auténtica fe vivida de la Iglesia, o como una palabra definitiva en este camino de la inteligencia de la fe. Por el contrario, es posible hablar de un sano pluralismo en el campo de la teología en el sentido de la posibilidad de la coexistencia de posiciones teológicas diversas que se explican en razón de la diversidad de contextos en los cuales se vive una misma fe.

Lo anterior puede ser importante para valorar la labor realizada por la teología de la liberación que de hecho ha contribuido enormemente al desarrollo de la identidad legítima, profética, de nuestras Iglesias y al enriquecimiento de la teología universal de la Iglesia.

Hay cuestiones planteadas por nuestras Iglesias y fundamentadas en alguna forma por esta teología que constituyen una riqueza imponderable para nuestra Iglesia y para la Iglesia universal, en virtud de la responsabilidad que todos tenemos de afirmarnos en la fidelidad al evangelio. Se podría hablar de muchas de ellas, de manera puntual, pero se rebasaría el alcance de estas reflexiones. Sin embargo, vale la pena mencionar, por ejemplo, la opción preferencial por los pobres así como, en alguna forma, la obligación de mirar la realidad, con la mirada de la fe, desde su perspectiva de los pobres, o como lo exigen ciertas situaciones, desde la perspectiva de las víctimas; la obligación también de comprometer la existencia de la fe desde esta misma perspectiva. Con razón se ha acogido con nuevo entusiasmo este espíritu de la opción preferencial por los pobres en el nivel de la Iglesia universal, como nos lo permiten constatar muchos pronunciamientos del Papa Juan Pablo II pero también muchas de las afirmaciones de la teología practicada por todas partes en la Iglesia.

El futuro de la teología de la Iglesia en AL

328

Entre los objetivos que se atribuyeron al CELAM en el momento de su constitución se menciona la organización de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Las que han tenido lugar en estos cincuenta años han sido algo así como la expresión de los momentos fundamentales vividos por la Iglesia de América Latina den-



tro del proceso de la afirmación de su identidad profética en el seno de la Iglesia universal. En el trasfondo de ellas ha habido una teología y ellas mismas han hecho posible también el proceso teológico que hemos vivido en nuestra Iglesia. El camino ya recorrido por la Iglesia latinoamericana y por la teología que la ha acompañado, no exento de dificultades e inclusive de sufrimientos, ha sido rico en realizaciones. En cuanto tal, esta Iglesia ha cumplido una importante misión en nuestro mundo latinoamericano y la teología, en particular, ha mantenido vivo en ella un dinamismo creador de mucha importancia.

Lamentablemente no es posible hacer mención en un corto artículo como éste de todas las personas que han sido protagonistas del acontecer de nuestra Iglesia y de la labor teológica de estos años. No es necesario mencionar a las directivas del CELAM que se han ido sucediendo y que han desempeñado con dedicación su servicio: de todas maneras, mantenemos viva la memoria grata de personas como Monseñor Pironio, teólogo y pastor que acompañó con tanto cariño y comprensión a todos sus hermanos en la labor de construir una Iglesia fiel al evangelio, y en la misma forma deberíamos hablar de muchos otros. En el ejercicio de su ministerio han entregado sus vidas pastores cuya memoria tenemos que mantener viva en nuestra Iglesia, como Monseñor Romero y Monseñor Duarte Cancino entre otros, pero también la de hermanos nuestros en el ejercicio del ministerio teológico, como los jesuitas de El Salvador. La memoria de todos ellos es de una gran importancia para comprender lo que ha sido el itinerario de nuestra Iglesia latinoamericana en estos cincuenta años en todos los aspectos.

Sin embargo, el camino no ha llegado a su término. En la actualidad tenemos entre manos el gran proyecto de la celebración de una V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano para la cual el Santo Padre Benedicto XVI ha señalado como tema: *"Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida"*. La próxima asamblea episcopal está llamada a responder a los retos nuevos que nos presentan los tiempos que vivimos, para lo cual nuestra teología tiene también un aporte muy importante que ofrecer. Nuestro sub-continente debe seguir avanzando en su integración y la Iglesia debe seguir siendo un factor fundamental para apoyar e inspirar profundamente este proyecto. En su esfuerzo por lograr la comunión en la fe de nuestras gentes y de nuestros pueblos, la Iglesia tendrá que



afrontar con actitud ecuménica el hecho creciente del pluralismo religioso que se viene presentando entre nosotros, así como también el hecho de que, a pesar del gran valor de la religiosidad popular que ha sido tradicionalmente tan importante entre nosotros, se va dando un proceso irreversible de secularización que nos exige respuestas pastorales adecuadas y la lucidez teológica necesaria.

La labor teológica que se ha realizado en nuestra Iglesia en estos cincuenta años ha sido muy fecunda y ha dejado ya consecuencias de mucha trascendencia para nuestro mundo eclesial y para la Iglesia universal. Pero tampoco hemos llegado en este aspecto al término del camino. Tenemos que asumir teológicamente los nuevos retos de los tiempos actuales con una actitud de apertura que nos exigen no sólo las condiciones del mundo en el cual vivimos, sino también el hecho de pertenecer a una Iglesia universal que valora inmensamente la actitud de diálogo con los hermanos con los que compartimos una misma fe cristiana, así como con todos los hermanos y hermanas de otras religiones de la humanidad con los que compartimos una misma búsqueda de Dios, e inclusive con todos los seres humanos de todas las culturas. No podemos encerrarnos dentro de nuestros propios límites como si el mundo fuera solamente el nuestro. La invitación que el Papa Juan Pablo II hizo a Cuba en su visita pastoral en el sentido de la apertura de esta nación hermana al mundo y del mundo a ella, merece ser extendido a toda la América Latina y a nuestra Iglesia: "Que América Latina se abra al mundo y que el mundo se abra a América Latina".

Debemos mantenernos fieles a la gran riqueza que constituye haber vivido en los cincuenta años transcurridos desde la creación del CELAM este proceso histórico de afirmación de nuestra vocación profética, la cual nos permite tener en cuenta la realidad de nuestros pueblos con todos los sufrimientos que los afectan pero también con todas las esperanzas que los animan, y alegrarnos por el aporte que podemos hacer desde todos los puntos de vista, también desde el de nuestra teología, a la realización de la comunión universal de la Iglesia. Del Papa Benedicto XVI, que conoce por muchas razones nuestro mundo y que ha participado con vivo interés en la búsqueda teológica de nuestra Iglesia, podemos esperar un gran estímulo y una sabia orientación para seguir caminando por el camino de la fidelidad al Señor y a todos nuestros hermanos.